

Rivera, Latorre, Güiraldes (la autora escribe siempre *Guiraldes*)— y sobre escritores de talla más modesta; todos ellos pertenecen a la época contemporánea, con la curiosa excepción del mexicano Juan Ignacio María de Castorena y Ursúa (1668-1733). Lo que más suele exaltar la autora es lo “nacional”, lo “criollo”, lo “vernáculo”. Su tono es, o convencional y estereotipado (“una larga lista de distinguidos poetas”, “una enjundiosa obra lírica”, “una figura de prominencia internacional”, etc.), o francamente empalagoso (“Como una alondra cansada, alicaída, hastiada de regar rosas para cosechar espinas en las rutas del amor, la Storni piensa en la muerte liberatriz...”, p. 30). Su escala de valores es muy peculiar —esa lista de “personalidades” que la Argentina ha dado “al mundo hispánico”, encabezada por Hugo Wast! (p. 186)—, como también su apreciación de ciertos poetas —“Siempre consideré la poesía de Bécquer como algo extravagante y apócrifo” (p. 86); César Vallejo, pese a su “disciplinaje estético”, escribió “dos libros de poesías que apuntaban hacia un ultraísmo desconcertante y retorcido” (pp. 118-119). (En la p. 90, nos divierte esta candorosa caracterización de la Guerra Civil española: “... la Madre Patria, víctima del atropello comunista al clero español”).—M. A. V.

MYRON I. LICHTBLAU, *The Argentine novel in the nineteenth century*. Hispanic Institute, New York, 1959; 228 pp.

Esta obra es el resultado de las investigaciones que el profesor Lichtblau llevó a cabo en bibliotecas de la Argentina y de su país, investigaciones destinadas a trazar un estudio, lo más completo posible, de los orígenes de la novela en la Argentina y su desarrollo durante el siglo XIX. La tarea era necesaria, porque, si bien hay ya abundante bibliografía sobre la novela escrita en ese país (y, en especial, sobre la del siglo pasado), faltaba el estudio amplio y al mismo tiempo minucioso, que pretendiera reconstruir esa trayectoria sobre la base del abundante material directo —es decir, las novelas mismas— y fuera de panoramas trazados, desgraciadamente no del todo recomendables.

Por cierto que el camino seguido por Lichtblau es el más recomendable para todos los investigadores que quieran ahondar en el estudio de la literatura hispanoamericana. Sin despreciar otro tipo de aportes, útiles en su momento, es conveniente comenzar desde abajo. Reduciéndonos a la novela, en sus líneas “nacionales”, este libro es ya —anticipemos el juicio— un buen tributo que se agrega a meritorios trabajos recientes (sobre todo los de R. SILVA CASTRO, *Panorama de la novela chilena*, México, 1955, y A. CURCIO ALTAMAR, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, 1957).

Como ocurre en la mayor parte de los países hispanoamericanos, la novela en la Argentina comienza prácticamente al promediar el siglo. De ahí que la obra de Lichtblau presente, en realidad, el panorama de un medio siglo que se distingue, eso sí, por la abundancia de novelas, casi todas las cuales se mencionan en el libro.

El plan de la obra responde, con flexibilidad, a una triple perspectiva: cronológica, estética y temática. Ayuda a la cronología una serie de introducciones de carácter político-social, útiles para penetrar en determinados temas. En general, puede afirmarse que toda la literatura hispanoamericana del siglo XIX requiere este tipo de introducciones. También agrega el autor conexiones con otros géneros y con la literatura hispanoamericana coetánea. Se trata, en los dos casos, de complementos elementales; a veces, demasiado someros.

Dentro de la triple perspectiva apuntada, hace resaltar Lichtblau un grupo de autores y obras que constituyen, por razones de calidad o de cantidad, hitos fundamentales de la novela en la Argentina: *Amalia*, las novelas históricas de

Vicente Fidel López, las novelas de Eduardo Gutiérrez, las de Cambaceres y las de Carlos María Ocantos.

Sin menospreciar los aciertos de su crítica, creo que lo más valioso del libro no se halla en estos capítulos, sino en los intermedios. Es decir, en aquéllos que estudian una producción de segundo o de tercer orden, poco o nada conocida, pero imprescindible para explicar con claridad el desarrollo de la novela en la Argentina. Así, los párrafos dedicados a las novelas "sociales" de Ángel Julio Blanco; a las novelas gauchescas anteriores al *Martín Fierro* escritas por Santiago Estrada y José Joaquín de Vedia, cuya relativa importancia depende exclusivamente de la trascendencia que el tema alcanzará con el poema de Hernández; a la novela policial (Luis V. Varela), a la fantástico-científica (Holmberg, Varela, Aquiles Sioen) y a la naturalista, fuera de Cambaceres. Agreguemos, en la línea de aciertos, las breves y atinadas caracterizaciones de otras obras, como *La bolsa*, *Esther* y *Fruto vedado*.

Insisto en que la labor realizada por el autor ha sido generosa y muy cuidada: en su libro están registradas casi todas las novelas escritas en la Argentina durante el pasado siglo; se advierten muy pocas omisiones (como los *Episodios sangrientos del año 1840*, de Federico Barbará, Buenos Aires, 1856, o como *La maldición o el compadrito*, de Tomás Gutiérrez, Buenos Aires, 1859, por ejemplo). Junto con el esencial valor bibliográfico de esta obra, hay que destacar la preocupación de Lichtblau por proporcionarnos algunos datos sobre varios escritores prácticamente desconocidos, datos que ha debido rastrear, a veces, en documentos de la Universidad o de los cementerios de Buenos Aires.

Sin embargo, no nos explicamos la omisión de una obra como *Juvenilia*, de Miguel Cané. Sobre todo, porque el autor incluye en su estudio —aunque haciendo las aclaraciones pertinentes— obras de fronterizo carácter novelesco, como el *Facundo* y *Una excursión a los indios ranqueles*, y no precisamente para referirse, con algún detalle, a los relatos novelescos incluidos dentro de esas obras. En el caso de *Juvenilia*, muy posiblemente el autor se planteó el problema, que ya se habían planteado otros críticos, de decidir si es un libro de memorias o una novela. Y se resolvió por lo primero. Lo importante en este difundido librito —y esto es una comprobación que surge de la lectura de la obra, fuera de las afirmaciones de los críticos— es que se lee como una novela, y que lo que en ella se degusta es su desarrollo novelesco. Todos los que en este siglo, especialmente, han leído la obra, han experimentado una sensación semejante; cosa que no ocurre, por cierto, con el *Facundo* ni con *Una excursión a los indios ranqueles*.

En los capítulos finales, donde se estudian obras de transición, nos habría gustado que el autor hubiera sido más explícito al hablar, por ejemplo, de la novela modernista. (Además, falta aquí la mención de *Los jardines de Acadero* de Ricardo Jaimes Freyre, novela trunca, y el breve relato de Larreta *Artemis*, anterior a *La gloria de don Ramiro*, pues fue publicado por primera vez en *La Biblioteca* de Buenos Aires, 1896). Nos habría agradado también descubrir la presencia —siquiera circunstancial— de Hudson y Cunninghame Graham, así como la del chileno Manuel Bilbao, tan ligado a la Argentina y a su literatura. Lichtblau incluye en su estudio, con toda razón, la *Peregrinación de Luz del Día* de Alberdi, pero no analiza el carácter inmediato de su sátira, ni agrega, junto a ella, otras obras próximas, como la anónima *República de los canallas*, Buenos Aires, 1868.

Todo esto por lo que se refiere a lo que, en mi opinión, falta en el libro. En cuanto a lo que sobra, considero que quizá sea excesiva la importancia concedida a Ocantos. Quiero decir, para ser más preciso, que su presencia se justifica con amplitud, pero no en la medida ni con la significación que el crítico le asigna. Por último, en la bibliografía general se consignan algunas obras (no es necesario señalarlas concretamente: manuales de literatura e historia, argentinos

e hispanoamericanos) que el rigor crítico, ese rigor de que hace gala casi siempre Lichtblau, aconsejaba no incluir.

En síntesis, la obra de Myron I. Lichtblau cumple plenamente los fines perseguidos, y revela método, equilibrio y abundante información, de tal manera que es, hoy, el registro bibliográfico más seguro y completo sobre la novela argentina del siglo XIX.—EMILIO CARILLA.

EDUARDO NEALE-SILVA, *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera*. Fondo de Cultura Económica, México, 1960; 506 pp. (Colección *Tierra Firme*, 66).

Con simpatía, detenimiento y cabal documentación, el biógrafo precisa la vida familiar, afectiva e intelectual de Rivera, sus experiencias de aventurero y explorador, sus afinidades y sus polémicas literarias, sus viajes al Perú, México y los Estados Unidos, y rectifica las fechas y circunstancias de su nacimiento y muerte, dentro de la más estricta ordenación cronológica. Sin embargo, Neale-Silva no se detiene en las exterioridades de la vida del hombre, de su ambiente, sino que penetra resueltamente en el espíritu del creador y en los modos peculiares del país y del continente que lo produjo; describe los encontrados movimientos del corazón del poeta y las distintas reacciones de Colombia frente al hombre y su obra. Pero el biógrafo ha hecho más aún: nos muestra diáfananamente el proceso de gestación y de escritura de *Tierra de promisión* y de *La vorágine*. De aquí en adelante, esta biografía será punto de partida obligado para todos los trabajos sobre Rivera, pues ha surgido de una necesidad íntima del crítico: la de “conocer la vida del poeta para comprender mejor su obra”.

Neale-Silva ha plasmado el “horizonte humano” de Rivera con esforzada objetividad, absteniéndose en lo posible de formular juicios estéticos sobre su obra literaria, pero sin ignorar las relaciones existentes entre vida y obra. Sobre este punto encontramos en la *Introducción* observaciones y sugerencias que el crítico desarrolla después felizmente a lo largo de la biografía: “El estudio de la vida de un literato nos lleva a establecer la relación entre el hombre y su creación artística... Una fuente de falsas suposiciones es la obra misma de Rivera: *Tierra de promisión* (1921) y *La vorágine* (1924). Muchos hay que han tomado por autobiográficos no pocos detalles que en realidad son ficticios”. Análogos razonamientos procura Alfonso Reyes, en el plano teórico, pero con abundantes ejemplos de la literatura universal, en los ensayos sobre “La biografía oculta” y “Detrás de los libros”, de *La experiencia literaria* (1942), y especialmente en el segundo de los *Tres puntos de exegética literaria* (1945), relativo a “La vida y la obra”.

Neale-Silva, poseedor de una riquísima documentación periodística y oral, traza el desarrollo de la compleja personalidad de Rivera y describe el ambiente físico y espiritual en que se formó, como labor previa a la de la exégesis literaria: “pensamos insistir sobre sus méritos artísticos en trabajo aparte”, nos anuncia el biógrafo desde ahora. Pero si esta promesa no se cumpliera, tenemos hoy sobrado motivo para estar satisfechos de esta *Vida de José Eustasio Rivera*. Es modelo de solvencia documental y de fino análisis psicológico. Lenguaje sencillo y claro, sin brillos de estilista, que cumple acabadamente con el fin narrativo que se impuso. Nadie más a propósito que el autor para emprender la etapa valorativa de la obra de Rivera, si bien hay que reconocer que ahora cualquier persona de las mismas capacidades de Neale-Silva podría hacerlo, ya que puede tener también su *Horizonte humano* a la vista.—E. MEJÍA SÁNCHEZ.